

en esta el Conde, que hospede
á unos señores.

D.^a BLANCA. Bien puede,
pues tiene esta casa franca.

BRAS. De cuatro rayos con crines,
generación española,
de unos cometas con cola,
ó aves, ó al fin rocines,
que andan bien y vuelan mal,
cuatro bizarros señores
que parecen cazadores
se apean en el portal.

DON GARCÍA. No te des por entendida
de que sabemos que vienen.

TERESA. ¡Qué lindos talles que tienen!

BRAS. Pardiez que es gente llocida.

Salen EL REY *sin banda* y DON MENDO *con banda y dos*
CAZADORES.

REY. Guárdeos Dios, los labradores.

DON GARCÍA. (*Aparte.* Ya veo al de la divisa.)
Caballeros de alta guisa,
Dios os dé bienes y honores.
¿Qué mandáis?

DON MENDO. ¿Quién es aquí
García del Castañar?

DON GARCÍA. Yo soy á vuestro mandar.

DON MENDO. Galán sois.

DON GARCÍA. Dios me hizo así.

BRAS. Mayoral de sus porqueros
só, y porque mucho valgo,
miren si los mando en algo
en mi oficio, caballeros,
que lo haré de mala gana
como verán por la obra.

DON GARCÍA. Quita, bestia.

BRAS. El bestia sobra.

REY. ¡Qué simplicidad tan sana!
Guárdeos Dios.

DON GARCÍA. Vuestra persona,
aunque vuestro nombre ignoro,

me aficiona.

BRAS. Es como un oro;
á mí también me inficiona.

DON MENDO. Llegamos al Castañar
volando un cuervo, supimos
de vuestra casa, y venimos
á verla y á descansar
un rato, mientras que pasa
el sol de aqueste horizonte.

DON GARCÍA. Para labrador de un monte,
grande juzgaréis mi casa;
y aunque un albergue pequeño
para tal gente será,
sus defectos suplirá
la voluntad de su dueño.

DON MENDO. ¿Nos conocéis?

DON GARCÍA. No, en verdad,
que nunca de aquí salimos.

DON MENDO. En la cámara servimos
los cuatro á su Majestad
para servirlos. García,
¿quién es esta labradora?

DON GARCÍA. Mi mujer.

DON MENDO. Gocéis, señora,
tan honrada compañía
mil años, y el cielo os dé
más hijos que vuestras manos
arrojan al campo granos.

D.^a BLANCA. No serán pocos á fe.

DON MENDO. ¿Cómo es vuestro nombre?

D.^a BLANCA. Blanca.

DON MENDO. Con vuestra beldad conviene.

D.^a BLANCA. No puede serlo quien tiene
la cara á los aires franca.

REY. Yo también, Blanca, deseo,
que viváis siglos prolijos
los dos, y de vuestros hijos
veáis más nietos que veo
árboles en vuestra sierra,
siendo á vuestra sucesión

- breve para habitación
cuanto descubre esa sierra.
- BRAS. No digan más desatinos;
qué poco en hablar reparan;
si todo el campo pobraran,
¿ dónde han de estar mis cochinos?
- DON GARCÍA. Rústico entretenimiento
será para vos mi gente;
pues la ocasión lo consiente,
recibid sin cumplimiento
algún regalo en mi casa.
Tú disponlo, Blanca mía.
- DON MENDO. *(Ap. Llámala fuego, García,
pues el corazón me abrasa.)*
- REY. Tan hidalga voluntad
es admitirla nobleza.
- DON GARCÍA. Con esta misma llaneza
sirviera á su Majestad:
que aunque no le he visto, intento
servirle con afición.
- REY. ¿ Para no verle, hay razón?
- DON GARCÍA. Oh, Señor, ese es gran cuento;
dejadle para otro día.—
Tú, Blanca, Bras y Teresa,
id á prevenir la mesa
con alguna niñería. *(Vanse los tres.)*
- REY. Pues yo sé que el rey Alfonso
tiene noticias de vos.
- DON MENDO. Testigo somos los dos.
- DON GARCÍA. ¿ El Rey de un villano intonso?
- REY. Y tanto el servicio admira
que hicisteis á su corona
ofreciendo ir en persona
á la guerra de Algecira,
que si la Corte seguís,
os ha de dar á su lado
el lugar más envidiado
de palacio.
- DON GARCÍA. ¿ Qué decís?
Más precio entre aquellos cerros

salir á la primer luz
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una banda de perdices,
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo,
y cuando son á los ojos
pardas nubes con piés rojos,
batir sus alas al vuelo,
y derribar esparcidas
tres ó cuatro, y anhelando
mirar mis perros, buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que los provoca;
y traer las que palpitan
á mis manos, que las quitan
con su gusto de su boca,
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa como
suele de la guerra el Conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas ó tres
pastilla de lumbre es
y canela del Brasil;
y entregársele á Teresa
que con vinagre y aceite
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo y otra mi esposa
nos comemos, que no hay cosa
como á dos perdices, dos;
y levantando una presa

dársela á Teresa, más
 porque tenga envidia Bras
 que por dársela á Teresa;
 y arrojar á mis sabuesos
 el esqueleto roído,
 y oír por tono el crugido
 de los dientes y los huesos;
 y en el cristal transparente
 brindar, y con mano franca
 hacer la razón mi Blanca
 con el cristal de una fuente;
 levantar la mesa dando
 gracias á quien nos envía
 el sustento cada día
 varias cosas platicando;
 que aquesto es el Castañar,
 que en más estimo, señor,
 que cuanta hacienda y honor
 los reyes me puedan dar.

REY.

¿Pues cómo al Rey ofrecéis
 ir en persona á la guerra
 si amáis tanto vuestra tierra?

DON GARCÍA.

Perdonad, no lo entendéis.
 El Rey es, de un hombre honrado,
 en necesidad sabida,
 de la hacienda y de la vida
 acreedor privilegiado.
 Agora con pecho ardiente
 se parte al Andalucía
 para extirpar la herejía
 sin dineros y sin gente;
 así le envié á ofrecer
 mi vida, sin ambición,
 por cumplir mi obligación
 y porque me ha menester;
 que, como hacienda debida,
 al Rey le ofrecí de nuevo
 esta vida que le debo
 sin esperar que la pida.

REY.

Pues concluída la guerra,

¿no os quedaréis en palacio?

DON GARCÍA. Vívase aquí más de espacio,
 es más segura esta tierra.

REY. Posible es que os ofrezca
 el Rey lugar soberano.

DON GARCÍA. ¿Y es bien que le dé á un villano
 el lugar que otro merezca?

REY. Elegir el Rey amigo
 es distributiva ley.

Bien puede.

DON GARCÍA. Aunque pueda el Rey
 no lo acabará conmigo;
 que es peligrosa amistad
 y sé que no me conviene,
 que á quien ama, es el que tiene
 más poca seguridad;
 que por acá siempre he oído
 que vive más arriesgado
 el hombre del rey amado
 que quien es aborrecido;
 porque el uno se confía
 y el otro se guarda dél:
 tuve yo un padre muy fiel
 que muchas veces decía,
 dándome buenos consejos,
 que tenía certidumbre
 que era el rey como la lumbre
 que calentaba de lejos
 y desde cerca quemaba.

REY. También dicen más de dos
 que suele hacer como Dios,
 del lodo que se pisaba,
 un hombre ilustrado, á quien
 le venere el más bizarro.

DON GARCÍA. Muchos le han hecho de barro,
 y le han deshecho también.

REY. Sería el hombre imperfecto.

DON GARCÍA. Sea imperfecto ó no sea
 el Rey á quien no desea,
 ¿qué puede darle, en efecto?

REY. Daráos premios.
 DON GARCÍA. Y castigos.
 REY. Daráos gobierno.
 DON GARCÍA. Y cuidados.
 REY. Daráos bienes.
 DON GARCÍA. Envidiados.
 REY. Daráos favor.
 DON GARCÍA. Y enemigos.
 Y no os tenéis que cansar
 que yo sé no me conviene,
 ni daré por cuanto tiene
 un dedo del Castañar.
 Esto sin que un punto ofenda
 á sus reales resplandores;
 mas lo que importa, señores,
 es prevenir la merienda.
 REY. Poco el Conde le encarece;
 más es de lo que pensaba.
 DON MENDO. La casa es bella.
 REY. Extremada.
 ¿Cuál lo mejor os parece?
 DON MENDO. Si ha de decir la fe mía
 la verdad á vuestra Alteza,
 me parece la belleza
 de la mujer de García.
 REY. Es hermosa.
 DON MENDO. Es celestial;
 es ángel de nieve pura.
 REY. ¿Ese es amor?
 DON MENDO. La hermosura
 ¿á quién le parece mal?
 REY. Cubríos, Mendo, ¿qué hacéis?
 que quiero en la soledad
 deponer la majestad.
 DON MENDO. Mucho, Alfonso, recogéis
 vuestros rayos, satisfecho
 que sois por fe venerado,
 tanto, que os habéis quitado
 la roja banda del pecho
 para encubriros y dar

(Vase.)
 (Ap.)

aliento nuevo á mis bríos.
 REY. No nos conozcan, cubríos,
 que importa disimular.
 DON MENDO. Ricohombre soy, y de hoy más
 grande es bien que por vos quede.
 REY. Pues ya lo dije, no puede
 volver mi palabra atrás.
 Sale DOÑA BLANCA.
 D.^a BLANCA. Entrad, si queréis, señores,
 merendar, que ya os espera
 como en una primavera
 la mesa llena de flores.
 DON MENDO. ¿Y qué tenéis que nos dar?
 D.^a BLANCA. ¿Para qué saberlo quieren?
 comerán lo que les dieren,
 pues que no lo han de pagar,
 ó quedaránse en ayunas;
 mas nunca faltan, señores,
 en casa de labradores
 queso, arropo y aceitunas;
 y blanco pan les prometo
 que amasamos yo y Teresa,
 que pan blanco y limpia mesa
 abren las ganas á un muerto;
 también hay de las tempranas
 uvas de un majuelo mío,
 y en blanca miel de rocío
 berengenas toledanas;
 perdices en escabeche,
 y de jabalí, aunque fea,
 una cabeza en jalea
 porque toda se aproveche:
 cocido en vino un jamón,
 y un chorizo que provoque
 á que con el vino aloque
 hagan todos la razón;
 dos ánades, y cecinas
 cuantas los montes ofrecen,
 cuyas hebras me parecen
 deshojadas clavellinas,

que cuando vienen á estar
cada una de por sí,
como seda carmesí
se pueden al torno hilar.

REY.

Vamos, Blanca.

D.^a BLANCA.

Hidalgos, ea,
merienden, y buena pro.

(Vanse el rey y los dos cazadores.)

DON MENDO.

Labradora, ¿quién te vió
que amante no te desea?

D.^a BLANCA.

Venid y callad, señor.

DON MENDO.

Cuanto previenes, trocara
á un plato que sazónara
en tu voluntad amor.

D.^a BLANCA.

Pues decidme, cortesano,
el que trae la banda roja,
¿qué en mi casa se os antoja
para guisarle?

DON MENDO.

Tu mano.

D.^a BLANCA.

Una mano de almodrote
de vaca os sabrá más bien:
guarde Dios mi mano, amén,
no se os antoje gigote:
que harán si la tienen gana,
y no hay quien los replique,
que se pique, y se repique
la mano de una villana,
para que un señor la coma.

DON MENDO.

La voluntad la sazone
para mis labios.

D.^a BLANCA.

Perdone,
bién está San Pedro en Roma;
y si no lo habéis sabido,
sabed, señor, en mi trato,
que sólo sirve ese plato
al gusto de mi marido;
y me lo paga muy bien,
sin lisonjas ni rodeos.

DON MENDO.

Yo con mi estado, y deseos
te lo pagaré también.

D.^a BLANCA.

En mejor mercadería
gastad los intentos vanos,
que no comprarán Gitanos
á la mujer de García,
que es muy ruda y montaraz.

DON MENDO.

Y bella como una flor.

D.^a BLANCA.

¿Que de dónde soy, señor?
para serviros, de Orgaz.

DON MENDO.

Que eres del cielo sospecho,
y en el rigor, de la sierra.

D.^a BLANCA.

¿Son bobas las de mi tierra?
merendad, y buen provecho.

DON MENDO.

¿No me entiendes, Blanca mía?

D.^a BLANCA.

Bien entiendo vuestra trova,
que no es del todo boba
la de Orgaz, por vida mía.

DON MENDO.

Pues por tus ojos amados,
que has de oirme, la de Orgaz.

D.^a BLANCA.

Tengamos la fiesta en paz:
entrad ya, que están sentados,
y tened más cortesía.

DON MENDO.

Tú menos riguridad.

D.^a BLANCA.

Si no queréis, aguardad:
¡Ah, marido: hola, García!

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué queréis, ojos divinos?

D.^a BLANCA.

Haced al señor entrar,
que no quiere hasta acabar
un cuento de Calainos.

DON GARCÍA.

(Ap.) Si el cuento fuera de amor
del Rey, que Blanca me dice,
para ser siempre infelice?
Mas si viene á darme honor
Alfonso, no puede ser:
cuando no de mi linaje,
se me ha pegado del traje
la malicia y proceder:
sin duda no quiere entrar
por no estar con sus criados
en una mesa sentados;

Quiéroselo replicar
de manera que no entienda
que le conozco.) Señor,
entrad, y haréisme favor,
y alcanzad de la merienda
un bocado, que os le dan
con voluntad, y sin paga,
y mejor provecho os haga
que no el bocado de Adán.

Sale BRAS, y saca algo de comer, y un jarro cubierto.

BRAS. Un caballero me envía
á decir como os espera.
DON MENDO. ¿Cómo, Blanca, eres tan fiera? (Vase.)
D.^a BLANCA. Así me quiere García.
DON GARCÍA. ¿Es el cuento?
D.^a BLANCA. Proceder

en él quiere pertinaz;
mas déjala á la de Orgaz,
que ella sabrá responder. (Vase.)
BRAS. Todos están en la mesa,
quiero á solas, y sentado
mamarme lo que he arrugado
sin que me viese Teresa.
¡Qué bien que se satisface
un hombre sin compañía!
Bebed, Bras, por vida mía.

UNO (Dentro.) Bebed vos.

OTRO (Dentro.) ¿Yo? que me place.

REY. Caballeros, ya declina
el sol al mar Oceano. (Salen todos.)

DON GARCÍA. Comed más, que aún es temprano:
ensanchad bien la petrina.

REY. Quieren estos caballeros
un ave en tierra rasa
volarla.

DON GARCÍA. Pues á mi casa
os volved.

REY. Obedeceros
no es posible.

DON GARCÍA. Cama blanda

ofrezco á todos, señores,
y con almohadas de flores,
sábanas nuevas de Holanda.

REY. Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos,
que desde mañana hacemos
los cuatro semana al Rey,
y es fuerza estar en palacio;
Blanca, adiós; adiós, García.

DON GARCÍA. El cielo os guarde.

REY. Otro día
hablaremos más despacio. (Vase.)

DON MENDO. Labradora, hermosa mía,
tén de mi dolor memoria.

D.^a BLANCA. Caballero, aquesa historia
se ha de tratar con García.

DON GARCÍA. ¿Qué decís?

DON MENDO. Que dé á los dos
el cielo vida, y contento.

D.^a BLANCA. Adiós, señor, el del cuento.

DON MENDO. Muerto voy, adiós.

DON GARCÍA. Adiós.

Y tú, bella como el cielo,
ven al jardín, que convida
con dulce paz á mi vida,
sin consumirla el anhelo
del pretendiente, que aguarda
el mal seguro favor,
la sequedad del señor,
ni la provisión que tarda,
ni la esperanza que yerra,
ni la ambición arrogante
del que armado de diamante
busca al contrario en la guerra,
ni por los mares el Norte;
que envidia pudiera dar
á cuantos del Castañar
van esta tarde á la Corte;
mas por tus divinos ojos,
adorada Blanca mía,